

llacion será la de un Dios que viene á encerrarse en una partícula, que de ahí pasa al pecho humano para ser quizás arrojado en un rincón de este Santuario, donde hay tantos ídolos cuantos son los vicios y pasiones desarregladas! Preciso es confesar que el amor de Jesucristo para con los hombres es, no sólo tan fuerte como la muerte, sino infinitamente más fuerte que cuanto hay fuera de Dios, pues no pudieron apartarle de quedarse con los hombres en la Eucaristía, ni los ultrajes que había de recibir en los templos, ni los desprecios con que lo habían de tratar muchísimos hombres, recibéndolo en sus pechos inmundos.

Se ve, pues, que Jesus, al instituir la Sagrada Eucaristía, no respira sino amor y humildad; y si esto hace Jesus por cada uno de los hombres, debemos nosotros corresponder al amor infinito, no dando ni una partecita siquiera de nuestro afecto á ninguna criatura, sino consagrándolo todo entero á Dios. Y supuesto que vemos que el amor de Jesus se manifiesta y desarrolla entre las humillaciones voluntarias, si nosotros queremos amar al Señor, hemos de pensar que no somos más que miseria y nada, hemos de sufrir con paciencia las afrentas y persecuciones, y llevar con resignacion los trabajos de esta vida, alegrándonos, como hacía San Pablo, en las adversidades.

¡Oh Jesus mio, cuyo amor arrebató nuestros corazones, cuya humildad enamora á los espíritus! Confieso que he vivido inicuamente, y por mi malicia y soberbia he carecido de aquel amor que debía abrasar mi alma, convirtiéndola en esposa tuya. Pero ya que deseo amarte y sé que este deseo me viene de tí, completad la obra, amabilísimo Redentor, aumentando más y más vuestra gracia en mí, y con ella yo seré todo tuyo, fundado en humildad y abrasado en caridad.

MEDITACION VI.

Jesus da la Sagrada Comunión á los Apóstoles.

1.º Si alguna vez ha de exclamar el hombre diciendo que son inapelables los juicios de Dios, es al considerar lo que ocurre en la última cena de Jesucristo con sus discípulos. ¿Quién pudiera imaginarse que el mismo Sacerdote eterno iba á ofrecerse á sí mismo en holocausto, inmolándose á sí mismo, destruyéndose á sí mismo como víctima, para atestiguar el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas criadas, y aún sobre su Hijo humanado? ¿Lo hubieran podido rastrear los ángeles? ¿Se lo hubieran podido imaginar los hombres? Sin embargo, así sucede; apenas Jesucristo ha instituido el augusto Sacramento, declarándose á sí mismo Sacerdote constituido para siempre según el orden de Melquisedech, lo ofrece en sacrificio á su Eterno Padre, bajo las especies de pan y vino, y ántes de entregar este mismo cuerpo y el precioso cáliz á sus apóstoles para que lo reciban, él mismo lo toma, y lo come y bebe también de la sagrada copa, inmolándose á sí mismo dentro de sí mismo. (S. Thomas: 3.ª part., quæst. 81, art. 1.)

Jesucristo va á ofrecer á su Eterno Padre un sacrificio sangriento en la Cruz, efectuándose en este altar cuanto es necesario para la inmutacion real de la Víctima, separándose la sangre de la carne y el alma del cuerpo, aquello por medio de los tormentos y esto por medio de la muerte. Pero para la consumacion de este sacrificio habían de concurrir como instrumentos de la obra, llevados á ello por su propia malicia, los hombres malos y perversos. Jesus no quiere que llegue ese caso sin que primero ofrezca Él mismo el sacrificio en cuya inmolacion es el ministro y el sacerdote el amor. Son diversos estos

sacrificios en la accion y en el modo; pero son uno mismo en la eficacia, en la ofrenda y en la virtud. Por eso Jesucristo, ántes de darse en alimento á sus Apóstoles, se da á sí mismo, y comulgándose con sus santísimas manos, entra todo entero dentro de sí mismo, y se consume de un modo misterioso, pero real y verdadero, el sacrificio que pocas horas despues se habia de efectuar en los tribunales inícuos y en el leño de la Cruz.

¡Oh caridad ardentísima la de Jesus para con los hombres! Se ve aquí cuán cierto es que Jesucristo se ofreció, como habia dicho un Profeta, porque así lo habia querido; no tienen que apresurarse sus enemigos á preparar el altar de esta víctima que van á sacrificar á su venganza, porque ántes que ellos armen la Cruz y agucen los clavos, Jesus ha preparado la ara en su amor infinito hácia el mundo pecador. Goza el Salvador y se recrea espiritualmente en esta accion que le inspirára su amor infinito (D. Thom.: 3.^a part., quæst. 81, art. 1), porque Él mismo es el invitante y el convidado, Él es el manjar, y Él quien se deleita en su suavidad y dulzura. Por eso, ántes de consagrar el pan y el vino, levanta los ojos al cielo, y da gracias á su eterno Padre.

Considera, alma mia, cuánta razon tenía Jesucristo de regocijarse en este momento en que bajo tan admirables auspicios empezaba su sacrificio augusto, siendo tan digno de recibir su cuerpo y sangre el mismo que lo instituia. ¡Ah! Por muy puras que sean cuantas almas se acercan á recibir á Jesucristo, en la Eucaristía, nunca tendrán aquélla con dignidad de proporcion equivalente al objeto infinito que van á recibir, pues la distancia entre Dios y la criatura es inmensa; tendrán, sí, la condignidad que da el amor de Dios, que, purificando las almas con su gracia, las hace templo del Espíritu Santo, que es cuanto Dios exige de nosotros para venir á nuestro pecho por una dignacion inconcebible; pero Jesucristo, igual-

mente sacerdote que víctima, así como es el único holocausto digno de ofrecerse al eterno Padre por los pecados del mundo, es tambien el único sacerdote que por su propia naturaleza sea digno de aposentar en su pecho esta Hostia sagrada.

Yo te doy gracias, Jesus amoroso, por tus bondades; sólo esta Comunión que Vos hicisteis como Sacerdote eterno, ha sido suficiente para merecer todas las gracias que necesitan los hombres para recibiros dignamente. Al considerar vuestra grandeza infinita y mi pequeñez, yo sé que no puedo recibiros en mi pecho; pero como por mi amor os habeis anonadado, como os habeis humillado hasta el extremo de encerraros bajo las especies de pan y vino para que yo os reciba, me acercaré á Vos con temor y reverencia filial, pidiéndoos ántes perdon de mis pecados, detestando todas mis iniquidades, y prometiéndoos no volver jamás á cometer advertidamente ni un pecado leve; y aunque sé que soy indignísimo de tan indelicible bien, no por eso dejaré de recibiros, ya porque Vos os dignais permitirme este favor, ya porque me fortificareis más y más en mis propósitos de amaros sobre todas las cosas, y de morir ántes que perder vuestra gracia y amistad.

2.º Despues de haberse comulgado á sí mismo el Redentor, entregó á los Apóstoles su cuerpo y su sangre, para que cada uno tomase y comiese, colocándolos desde aquel momento en la jerarquía sacerdotal de consagrar el mismo cuerpo y sangre, de recibirlo y darlo á los demás, pues por eso no da Jesucristo la Comunión uno á uno á sus Apóstoles, sino que, partiendo primero el pan, se lo entrega, y en seguida el cáliz con el vino, para que cada uno lo tome con sus propias manos, como lo declaran estas palabras: «Tomad y divididlo entre vosotros.» (Lucæ, xxii, vers. 17.) Cada uno toma y come el precioso cuerpo y bebe la sangre que iba á ser derramada por los pecados del mundo.

¿Quién es capaz de pensar lo que pasa por aquellos momentos en el Cenáculo? Elevemos nuestra vista á la region de los espíritus; asisten éstos al Señor, y lo adoran sin cesar; y es tal el placer que sienten al contemplar su belleza infinita, que, á pesar de estar siempre embriagados en la abundancia de la casa de Dios, se abrasan de un deseo perenne é insaciable de mirar más y más su santo rostro. ¡Tal es el hambre, tal es la hartura que da el Bien Sumo al que lo posee! (I Petr., cap. 1, vers. 12.) ¡Qué sorpresa, qué admiracion no causaria en ellos ver que el Hijo de Dios se convertia en alimento de los hombres, y que éstos lo tocaban con sus propias manos, y lo llevaban á su boca para comerlo! ¡Ah! Si la vision divina no fuese el colmo de toda felicidad, hubieran los ángeles en aquel momento envidiado la suerte de los mortales; entónces se certificaron de la fraternidad que los unia con los hombres, pues vieron á éstos saciarse en la tierra del mismo manjar cuyo sólo aspecto los hace dichosos en el cielo.

Fijemos ahora nuestra atencion en los Apóstoles, que acababan de recibir por primera vez el cuerpo de Jesucristo; está su alma por aquellos momentos animada con una fé viva y purificada de toda mancha, como el mismo Jesus se lo ha dicho al lavarles los piés; y apenas han recibido el Pan de los ángeles, sus corazones son otros tantos volcanes de fuego abrasador en amor de su Maestro. ¡Qué ideas tan abyectas tienen de sí mismos en estos instantes, considerándose indignos del gran favor que acaban de recibir! ¡Qué lágrimas de gozo y de ternura surcan sus mejillas! ¡Qué suspiros exhalan contemplando á qué extremo de bondad habia llegado su divino Maestro! Bien se echa de ver por sus discursos y razonamientos; pues si Pedro asegura á su Maestro que está pronto á morir por Él, no se quedan atrás sus discípulos, diciendo todos lo mismo. (Math., cap. xxvi, vers. 35.)

Hé aquí, alma mia, los primeros sacerdotes de la ley de gracia sentados á la Mesa celestial. Humildes, no se atreverian á tocar el cuerpo del Señor, y mucho ménos á llevarlo á su boca, á no mandárselo el mismo Sumo Sacerdote Jesucristo. Fervorosos, no tienen otro afecto que el de su Dios, por quien han dejado todas las cosas, y por quien desean dar la vida. Compungidos, lloran las ofensas que han hecho á un Dios tan bueno, prometiéndole en su corazon amarle con todas sus fuerzas, y dar mil vidas ántes que cometer un pecado. Con estas disposiciones se hace la primera Comunión que ha habido, y por la cual empezó la dispensacion á los hombres de los misterios divinos. ¡Oh dignacion inefable la de Dios! ¡Oh dignidad incomparable la del hombre!

La mesa del Rey de los cielos está puesta para que coman de ella sin distincion alguna el pobre, el siervo y el humilde y desvalido. Es este verdaderamente el momento de recordar aquellas palabras de la Sabiduría celestial, en las cuales advierte á todo hombre que cuando se siente á comer con el Príncipe, ponga gran cuidado á las cosas que tiene delante. (*Prov.*, xxiii, vers. 1.º) ¡Cuán honrados no se consideran los hombres al verse convidados á la mesa de los Reyes terrenos! ¡Con qué esmero procuran llenar cuanto exige el respeto al alto personaje, la finura de la educacion y la estimacion que cada uno hace de sí mismo! Compárese, sin embargo, convite con convite, Príncipe con Príncipe, manjar con manjar; pero ¿cómo pondremos en parangon al siervo con el Señor, la tierra con el cielo, la materia corruptible con las delicias interminables? En la mesa de Jesucristo es el mismo Dios quien convida; no es un manjar distinto del mismo Rey que llama á su banquete, ni tomado de las cosas pasajeras; se da en comida á sí mismo; su sangre es delicioso néctar de esta mesa, su cuerpo el exquisito bocado que arrebatara entre torrentes de sabor delicioso á quien lo come.

¡Oh qué puro debe ser el paladar que saborea el cuerpo de Jesús! ¡Qué limpia la lengua que es bañada de su sangre! ¡Qué inocente el pecho en donde habita Dios como en un santuario! Este era el estado de los Apóstoles cuando recibieron á Jesús en su pecho, y con estas disposiciones nos hemos de acercar nosotros á la Sagrada Eucaristía, para salir de la sala del convite convertidos en leones, que respiran fuego, para combatir á nuestros enemigos. Una Comunión bien hecha vale más que cien días de ayuno, porque es el acto más grande que puede consumir el hombre, uniéndose con Dios de una manera incomprensible. ¿Por qué la corrupción ha cancerado hoy la humanidad? ¿Por qué va faltando el fervor y aminorándose la fé? ¡Ah! La respuesta es óbvia; porque las almas no se nutren con el pan del cielo. Porque son pocos los que se presentan al banquete del Señor con las virtudes necesarias; el orgullo mundano quiere destruir la humildad; el egoísmo de la carne pretende absorberse las ideas de corrupción, de penitencia y mortificación. Jesucristo es mirado ya con indiferencia por los hombres.

¡Oh Dios amantísimo! No permitas que sea yo del número de aquellos que prefieren las cosas terrenas á tu convite divino. Infundid en mi alma sentimientos de estimación de tu grandeza y conocimiento de mi pequeñez, como los tuvieron los Apóstoles para recibirnos de continuo, abrasado en vuestro amor, confundido y humillado, considerando mi indignidad, pero al mismo tiempo lleno de fé y de esperanza en vuestras misericordias, para llorar los agravios que os he hecho en vuestra Santa Mesa, y precaverme en adelante en no caer ni en un pecado leve, con el fin de que toda Comunión que haga sea una manifestación de vuestra gloria, y un manantial perenne de gracia y provecho para mi alma.

3.º Se halla sentado á la mesa entre los doce Apóstoles el desgraciado Judas, que en su corazón tiene for-

mado el designio de entregar á su Maestro. Desde que hay hombres no se ha fraguado jamás un delito tan horrible, pues Judas es quien desde el principio hasta el fin de la Pasión ha de ser el causante de todos los tormentos, insultos, crueldades y denuestos que ha de sufrir Jesús. De tantos hombres como concurrirán á ultrajar, perseguir y dar muerte al Cordero de Dios, unos responderán de las bofetadas, otros de los azotes, éstos de las espinas, aquéllos de los clavos, siendo cada uno culpable de lo que perpetró; pero Judas está con todos, prendiendo y encadenando á su Maestro con los esbirros, azotándolo con los sayones, burlándose de Él con los soldados, crucificándolo con los verdugos, condenándolo con el presidente, insultándolo con los fariseos, y detestándolo con todo el pueblo. Sin embargo, Judas también participa del convite celestial, y recibe el Cuerpo de Jesucristo.

Dos cosas saltan á la vista en esta ocasión: la bondad y longanimidad de Dios, y la perversidad del corazón humano, endurecido en las iniquidades. ¡Cuánto no había hecho Jesús por convertir á Judas! ¡Con qué miramientos no lo trata, á pesar de que conoce profundamente sus más íntimos pensamientos! Al decir conmovido que uno de los que comen con Él á la mesa lo ha de entregar á sus enemigos, ni lo nombra, ni hace el más mínimo movimiento por el cual pueda conocerse cuál es el traidor: al dar su Cuerpo á sus discípulos, tampoco lo exceptúa á él; antes al contrario, quiere poner en práctica este último medio de conversión, para ver si aquel corazón que no se ha movido ni al ver á su Maestro postrado á sus piés, ni al oír sus palabras amorosas, en que se quejaba de la traición y avisaba al traidor los males eternos á que se exponía si consumaba la obra, se ablandaba con los ardores de un amor inexplicable, que no se vió satisfecho hasta que no se dió en comida y en bebida á los hombres.

¿Qué excusa tendremos cuando el Señor nos juzgue y pida cuenta de las gracias que nos da? ¿Qué diremos cuando nos manifieste la suavidad con que nos ha tratado, la sábia economía con que ha procedido para atraernos á sí, sin violentar jamás nuestra voluntad, convidándonos con su amor, halagándonos con sus favores, representándonos nuestra eterna desgracia si morimos en pecado, y moviéndonos sin cesar á su santo amor, tratándonos siempre con comedimiento, como lo dice el Sábio (*Sapientie*, cap. XII, vers. 18), no como á siervos, sino como á príncipes, como á hijos? Esto no obstante, nosotros hacemos lo que hizo Judas, mirando con indiferencia las bondades del Señor, hollando sus gracias y convirtiéndolas en ocasion de un estado horrendo, cual es el del endurecimiento final y obstinacion en el mal.

Y, en efecto, este es el estado de Judas cuando Jesucristo le hace la última gracia, entregándose todo entero abrasado en caridad. Miéntras los demás Apóstoles comulgan enternecidos y llorando de gozo, Judas permanece impassible, riéndose quizás en su interior de la credulidad de sus compañeros, reputando por impostura y engaño las palabras y acciones de Jesus, y aparentando en su exterior reverencia y amor hácia Aquél que detesta y ódia, y que ha determinado entregar á sus enemigos. Y así recibe Judas la sagrada Comunión; siendo digno de notarse que con este acto puso el sello á sus proyectos, se endureció en la maldad, y no pensó ya más que en consumir el crimen; lo que se comprenderá mejor meditando lo que dice el Evangelio, que desde aquel momento entró en él Satanás. ¡Ay! No parece sino que este último ultraje á la misericordia de Dios era la consigna entre Judas y el demonio, para dársele aquél enteramente y recibirlo éste ya como cosa suya, para cercarlo, encadenarlo y rodearlo de un muro de bronce, para que no entrase ya más á visitarlo la gracia de Dios. Por eso Judas, al poco

de haber recibido á Jesucristo, quiere huir de la presencia de aquel mismo que tiene en su pecho, y levantándose de la mesa, se ausenta de la compañía del amable Jesus, no queriendo tener parte ni en su amor, ni en sus favores, ni en su sociedad. Él mismo se separa libre y espontáneamente, porque las palabras que Jesus le dirige diciéndole que haga cuanto ántes lo que tiene que hacer, no son un precepto, sino una permision, un aviso que da al traidor para que, comprendiendo que nada teme y que se entrega de su propia voluntad, vea que el crimen que ha meditado en su corazon es un atentado contra el mismo Dios. La Comunión sacrilega de Judas ha sido por parte de este desgraciado la que ha puesto el sello á la reprobacion eterna; al recibir indignamente á Jesucristo, él mismo se ha condenado á una separacion eterna, despreciando formalmente y hollando horriblemente la misericordia de Dios.

Consideremos todas las consecuencias que tiene para Judas este acto sacrilego: se aparta de la compañía de Jesucristo y de sus amigos; se aleja de él, y se agrega á sus enemigos; habla de su Maestro con irreverencia y con falsedad; lo acusa ante los príncipes del pueblo; se declara enemigo suyo y desea exterminarlo; promete formalmente entregarlo mediante la cantidad de dinero que quisiesen darle por su alevosía; se convierte en adalid de sayones y asesinos, y, como otro Lucifer en el cielo, se hace cabeza de los que van á hacer la guerra á Dios y á su unguido en la tierra; y, por fin, para realizar sus proyectos, pretende engañar al mismo Dios, presentándosele como amigo, con aspecto risueño, con maneras dulces y con ademan de cariño, profanando sobre el rostro mismo del que es todo amor y caridad el signo sensible de esta misma caridad con que Dios se ha unido á la naturaleza humana. ¡Cuántos crímenes siguen al recibimiento sacrilego de la Sagrada Comunión! ¡Ay! Mejor le

hubiera estado no haber nacido, porque, endurecido en el mal, se entregó á la desesperacion eterna, pecando contra el Espíritu Santo. Sepamos, pues, que hemos de preferir morir mil veces ántes que hacer una comunión sacrilega, pues es el mayor ultraje que hacemos al amor de Jesucristo, y que nos expone á morir eternamente. Así, alma cristiana, si te has acercado alguna vez á la sagrada mesa sin haber confesado todos tus pecados por vergüenza ó por malicia, ó permaneciendo en alguna ocasión próxima, que debias y podias dejar, y aún vives y sientes en tu interior un vivo dolor de haber cometido este sacrilegio, persuádetes que es ésta una de las mayores gracias que Dios te ha hecho. Apresúrate, pues, á aprovecharla; arrójate á los piés de un ministro de Jesucristo, y llora amargamente tus pecados, prometiendo ántes dejarte matar mil veces que agraviar tan horriblemente al Señor, porque si bien, por su parte, el pecador con estos pecados semejantes al de Judas echa una pesada losa á la misericordia divina, ésta, sin embargo, no se cierra mientras el hombre vive, ni las muchas aguas de los pecados extinguen el horno encendido de la caridad infinita de Dios; pero temblemos de despreciar y hollar la gracia de Dios, porque es horrenda cosa caer en sus manos.

MEDITACION VII.

Sermon de la Cena.

1.º Habiéndose retirado el traidor de la amable compañía de Jesus, se quedó éste con sus once discípulos que estaban unidos á Él en caridad perfecta; y mirando todos á su Maestro con una especie de éxtasis que los abstraía de todo lo terreno, estaban pendientes de los lábios de Jesus. Entónces empezó aquel razonamiento sublime del Hijo de Dios sobre el amor que los hombres debían te-

nerse entre sí, amor fundado en la caridad infinita que Él nos tiene y demuestra, á la cual estamos obligados á corresponder amándolo sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, porque es Santo por esencia y digno de ser amado; de este amor, como de una fuente, debía salir el que hemos de tener á nuestros prójimos, como que el amor de Dios y el de los hombres son dos rayos que nacen de un mismo centro de inflamada caridad. Por eso Jesucristo dice á sus discípulos que se amen los unos á los otros de la misma manera que Él nos ha amado. (Joan., cap. XIII, vers. 34.)

¡Cuánta ternura demuestra Jesucristo á sus discípulos al inculcarles este precepto del amor! Es un padre amante que va á separarse de lo que ama con más intensidad, y se exprime con toda la dulzura y ternura de un corazón que no ha sabido sino amar. «Hijos míos, les dice, todavía estoy un poco tiempo con vosotros; á donde yo voy no podéis venir. Yo os amo como mi Padre me ha amado á mí; sed constantes en mi amor. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.» (Joan., cap. XIII, versículos 33 y 34.)

Es preciso reflexionar en el modo con que Jesucristo ha amado á los hombres, para comprender toda la extensión que ha de tener el amor que nos hemos de profesar nosotros. Jesucristo nos ha amado siendo sus enemigos por el pecado y cuando le ultrajábamos con nuestras prevaricaciones; y nos ha amado con tanto extremo, que ha muerto para reconciliarnos con Él y con su Padre divino, y para mover el corazón de éste hácia nosotros, ha rogado por nosotros en el momento mismo en que le crucificábamos con nuestras ofensas, diciéndole: «¡Padre